

el hábito en el convento de los frailes predicadores.

Con intento de huir de las persecuciones de sus parientes, que miraban como una grave ofensa esta humilde determinacion, le enviaron sus superiores primero á Roma, y luego á Paris. Pusieronle espías sus hermanos, le sorprendieron en el camino, y le llevaron á un castillo perteneciente á su padre. Allí, durante un año que le tuvieron como preso, no omitieron ningun medio para arrancarle de una órden, cuya mendicidad miraban en su hermano como un desdoro para todos ellos. Rasgáronle el hábito; mas él guardó los pedazos, cubrióse con ellos de la mejor manera que pudo, y no quiso otro vestido. En su habitacion introdujeron una jóven licenciada de una figura y de un humor á propósito para seducirle; pero apenas llegó á verla, cogió un tizon encendido y la obligó á huir. Inmediatamente con aquel mismo instrumento que habia servido de defensa á su castidad pintó una cruz en la pared, se postró y pidió con lágrimas la gracia de conservar por siempre íntegra esta pura y delicada virtud. Mostró en todo el curso de su vida que el Señor habia oído aquella súplica acompañada de circunstancias tan dignas de moverle. Tomás, durante su prision, inspiró el deseo de imitarle á una de sus hermanas, la cual abandonó como él todas las esperanzas del siglo y se hizo religiosa. En fin, su madre, viéndole inmutable en su propósito, permitió que le dejasen escapar como sin saberlo ella.

De nuevo emprendió el camino de Paris, de donde partió al punto á estudiar la teología en Colonia bajo la direccion de Alberto Magno, maestro digno de un discípulo que le dejó muy atrás, en especial respecto de la solidez y de la precision. Mas Alberto supo al menos discernir al ángel de las escuelas bajo la taciturnidad y las

apariencias de rudeza. Formando los discípulos de Tomás un objeto de burla de su exterior poco ventajoso, y llamándole frecuentemente el buey mudo, Alberto acostumbraba decirles que dia vendria en que los doctos mugidos de aquel buey, serian oráculos para toda la Iglesia. Pasó luego Tomás á estudiar á Paris tambien con Alberto y despues con otro de sus compañeros llamado Brunet, y entonces principió como bachiller á explicar el libro de las Sentencias. En 1254 debia obtener la licencia, para continuar sus lecciones en calidad de doctor; mas las cuestiones que se trabaron entre la Universidad y los religiosos mendicantes, retardaron su doctorado hasta el dia 23 de enero del año 1257. Esta fué la época de la publicacion de su Apología en defensa de los frailes mendicantes, predicadores y menores, cuando él contaba unos treinta años de edad.

Sobre todo insistió acerca de la mendicidad religiosa y rechazó la obligacion que del trabajo de manos se queria imponer á todo religioso sin escepcion alguna (1). Observó que lo que dice San Pablo se dirige tanto á los seculares como á los religiosos, pues en tiempo de los Apóstoles no habia aun religiosos que se distinguiesen de los seculares. Respecto á la autoridad de San Agustín, de que se prevaleia Guillermo de San Amor como de la de San Pablo, puso de manifiesto que el objeto de este santo doctor, en su Tratado del trabajo de manos, era combatir la ociosidad encubierta con la apariencia de abandono en manos de la Providencia; pero que esta especie de trabajos deben ceder á ocupaciones mas provechosas, cuales son evidentemente las funciones apostólicas; que los que las llenan en el dia, no estando inspirados como los Apóstoles, están obligados á instruirse con un con-

(1) S. Thom. tom. 17, opusc. 10.

tinuo estudio; y que, por consiguiente, aquellos cuyas almas dirigen en los caminos de la salvacion y para cuyo provecho estudian, deben auxiliarse en su manutencion, pues que el Señor ha ordenado que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio. Así los religiosos mendicantes pueden pedir esta subsistencia, ó lo que viene á ser lo mismo, pueden ejercer la mendicidad segun las reglas de su estado, las cuales, limitándolos á lo simple necesario, los previenen contra la lisonja servil y las condescendencias criminales, perniciosos frutos de sola la codicia.

Entre los frailes menores ocupaba San Buenaventura el mismo lugar que Santo Tomás de Aquino entre los predicadores (1). Su vocacion, aunque de otro género que la de Santo Tomás, no es menos notable. Habiendo caído peligrosamente enfermo, en la edad de cuatro años, su madre que residia en Bañoreal en Toscana, le encomendó á las oraciones de San Francisco, que aún vivia, y prometió, si curaba, ponerle bajo su direccion. Rogó el Santo por el niño, y viéndole inmediatamente sano, exclamó: ¡O buena ventura! nombre que le quedó despues, en lugar del de Juan que habia recibido en el bautismo. En 1243 Buenaventura, siendo de edad de veinte y dos años, cumplió el voto de su madre tomando el hábito de su bienhechor. Enviáronle á estudiar á Paris lo mismo que Santo Tomás, y no menos que él, tuvo tambien un maestro célebre en la persona de Alejandro de Halés, el cual poseido de la bondad natural de su discípulo y de la inocencia de sus costumbres, decia de él que parecia no haber participado del pecado de nuestro primer padre. Era Buenaventura doctor y enseñaba la teología en Paris cuando le eligieron general de su órden á la edad de treinta y cinco años.

(1) Wading. ann. 1221; Suf. ad 14 Jul.

Además fué diputado por los frailes menores, como Tomás por los predicadores, para solicitar ante el Papa la condenacion del doctor de San-Amor. Igualmente escribió, primero diversos tratados y despues una grande Apología de los religiosos mendicantes contra el doctor Gerardo de Abbeville que habia abrazado el partido de su primer detractor (1).

Invectivas tan temerarias contra las órdenes mendicantes y tan bien refutadas, no menoscabaron en lo mas mínimo la veneracion con que los miraban los pueblos y los grandes. Nuevo lustre dieron al instituto de San Francisco y la mayor edificacion á todo el reino las virtudes de la venerable Isabel de Francia, hermana de San Luis. Habiendo resuelto desde su primera edad consagrarse á Dios, el matrimonio que le fué propuesto con el rey Conrado, hijo del emperador Federico, no sirvió de otra cosa que de inspirarla mayor alejamiento de las grandezas del siglo y mas interés por la vida angélica cuyo plan se habia delineado. El rey su hermano la aplaudió en ello y vivió desde entonces en la corte como en una comunidad religiosa. Guardaba el mayor silencio, dedicaba una gran parte del tiempo á la oracion; ayunaba frecuentemente, y en todo tiempo tomaba tan poco alimento que parecia vivir como de milagro. A la abstinencia reunia la penitencia y la mortificacion: purificaba mas y mas su conciencia con la confesion cotidiana; repartia todas sus rentas en limosnas, y servia á los pobres con sus propias manos. Deseando fundar una casa religiosa, escogió la órden de San Francisco, y estableció religiosas de Santa Clara en Longchamp, cerca de Paris (1260). Las constituciones que las prescribió fueron propuestas antes á los doctores de la órden, en especial á San

(1) Opusc. tom. 2.



Buenaventura. Encerróse la misma princesa en esta abadía, donde permaneció hasta la muerte; mas sin hacer profesión ni tomar el hábito. El Papa Leon X permitió en el siglo diez y seis honrarla en Longchamp como á bienaventurada (1).

Alejandro IV casi siempre fuera de Roma, donde no encontró mas seguridad que su predecesor Inocencio, murió al fin en Viterbo en 25 de mayo de 1261. Entre los varios reglamentos que se le atribuyen (2), es digno de atención el que ordena á los inquisidores de la fé vender los bienes confiscados á los hereges, y reservar el precio para las necesidades de la Iglesia romana. Al mismo pontificado se refiere el principio de lo que se llama casos privilegiados. En un Concilio celebrado en Montpellier en 1258, se permitió al senescal de Beaucaire poner presos á los eclesiásticos cogidos in fraganti en delitos de rapto, de homicidio, de incendio y de otros crímenes semejantes, con cargo de remitir estos culpables al tribunal del obispo (3). Diez años despues vióse en un Concilio de Lóndres una especie de autorizacion para el deporte, ó derecho de vacante, y la annata: prohibióse en él á los prelados apropiarse las rentas de las iglesias vacantes, á menos de fundarse en privilegio ó costumbre (4).

Aunque el número de los cardenales quedó reducido á nueve, y uno de ellos estaba ausente cuando la muerte del Papa Alejandro, con todo, tuvieron tal dificultad en concordarse sobre la eleccion de un sucesor, que la Santa Sede estuvo tres meses vacante. Por último, el 29 de agosto eligieron, pero fuera de su cuerpo, á Santiago Pantaleon, patriarca de Jerusalem, que se

(1) *Vie par Agn. pag. 170.*

(2) *Rain. 1262, num. 31.*

(3) *Tom. 11 Conc. pag. 778.*

(4) *Thomass. Disc. part. 3, lib. 4, cap. 32.*

hallaba en Viterbo y que tomó el nombre de Urbano IV. Era natural de Troyes en Champaña, hijo de un simple artesano; mas sus cualidades personales compensaban con ventaja la oscuridad de su cuna. Primero obtuvo el arcedianato de Lieja y despues el obispado de Verdun, y con notable integridad desempeñó muchas legacias en el Norte. Inmediatamente despues de su promoción escribió á los obispos dándoles parte de ella, como asimismo al rey San Luis, de quien habia nacido súbdito. Hallándose los cardenales reducidos á un corto número, pues no habia creado ninguno el Papa Alejandro, Urbano creó siete en el primer año de su pontificado, y otros siete en el mes de mayo siguiente (1).

Adoptó este Pontífice las miras de sus predecesores Alejandro é Inocencio, relativamente á Manfredo, quien á favor de la tutela de su sobrino Conradino, se habia hecho dueño absoluto de los reinos de Nápoles y Sicilia y se hizo por fin declarar rey en lugar del jóven príncipe. Comenzaba ya el Papa Urbano á proceder contra él, cuando otros asuntos mas urgentes llamaron su atención hacia la Grecia. El imperio de Constantinopla, tan miserable en la realidad como imponente en la imaginacion de los latinos, fué reconquistado de estos con una facilidad muy capaz de desvanecer sus ilusiones (1261). Esta conquista fué obra de Miguel Paleologo, primer emperador de la última dinastía de los griegos en la nueva Roma. Por manera que la misma casa fué la que recuperó á Constantinopla de los latinos, y la que de ella fué luego despojada por los turcos en 1453.

Para hacer recobrar á los griegos la capital de su imperio, Miguel Paleologo pensó primero en usurpar el trono de Nicea,

(1) *Rain. ann. 1261.*

preparado al intento como una adraja (a), si nos es permitido espresarnos así. Habiendo encontrado medio de obtener, durante la infancia de Juan Láscaris, la regencia de este simulacro de imperio, que tuvo con todo bastante lustre á sus ojos para ser comprado á precio de la inhumanidad y de la perfidia, despojó de él á su pupilo despues de mandarle sacar los ojos; y siendo un obstáculo á su ambicion la multiplicidad de Estados formados de las ruinas del de Constantinopla cuando la invasion de los latinos, envió contra el déspota del Épiro tropas al mando del César Alejo, con orden de dar de paso alguna alarma á Constantinopla aunque sin emprender cosa alguna seria contra ella. Destrozada como se hallaba la Grecia, habianse formado en ella cuadrillas de salteadores bastante numerosas para cubrir los campos y molestar indistintamente á los latinos y á los griegos, aunque su inclinacion fué siempre á favor de estos últimos, como que eran compatriotas suyos. Habian partido de Constantinopla para una lejana expedicion las pocas tropas que tenian los franceses en el país, y los latinos encerrados en la ciudad se veian reducidos al último apuro. Alejo se aconsejó de la coyuntura, y limitando su proyecto á lo que no era mas que lo accesorio de él, atacó tan bruscamente á Constantinopla, y fué tan bien auxiliado de los bandidos propensos á su fortuna, que se hizo dueño de ella la noche del 25 de julio de 1261, cincuenta y siete años despues de la invasion de los occidentales. El emperador Balduino, Justiniano, patriarca de los latinos, y otros muchos señores que no fueron presa del enemigo, se vieron

(a) Adrajas se llama á las piedras salientes que se dejan en las fábricas para enlazar una obra nueva con otra que despues haya de hacerse ó con su propia continuacion. (N. del E.)

reducidos á huir en unas barcas, y buscar su seguridad en algunas islas distantes y de allí en la tierra de sus padres. Miguel Paleologo, al saber este gran suceso, partió aceleradamente, estableció su habitacion en el gran palacio, y fijó en él, hasta la ruina de su imperio y de su casa, la residencia de esta potencia espirante.

El estado critico en que la vela hizo recurrir sin cesar á los Papas, ya para obtener auxilios contra el poder otomano, que se hacia mas formidable cada dia, ya mas bien para conjurar la tempestad que las sollicitaciones de Balduino y el despecho de todo el Occidente no podia menos de formar contra su propia grandeza. La Italia efectivamente y la parte mas considerable de Europa se hallaron pronto en la mayor fermentacion. Predicóse la cruzada contra los griegos; los legados del Papa se diseminaron por todas las cortes y se impusieron tributos sobre todos los bienes eclesiásticos. Pero la continuacion de estas imposiciones y los grandes y abrumadores reveses que no habian podido precaver, principiaban á resfriar el entusiasmo que hasta entonces animaba á emprender expediciones lejanas. Los prelados de Inglaterra digeron claramente (1) que no darian cosa alguna para un príncipe extranjero, en tanto que ellos apenas podian socorrer las necesidades de la patria en medio de los disturbios y disensiones que la asolaban. Los franceses hicieron una distincion entre los socorros de Tierra Santa contra los infieles y los subsidios pedidos para hacer la guerra á un emperador cristiano (2). Por su parte Miguel Paleologo no cesaba de insistir en esta distincion, afectaba un gran celo por los progresos de la fé cristiana, la confesaba en toda su pureza, y mostraba tanto ahinco por

(1) *Mat. Wetsm. pag. 382.*

(2) *Rain. num. 19, 20 et 21.*



la reunion de la Iglesia griega con la latina, que aun se hace difícil decidir acerca de los verdaderos motivos que le guiaron. Le veremos en lo sucesivo proceder de un modo que no permitira dudar de su sinceridad, á no haber sido tantas veces engañosos parecidos procedimientos en sus antecesores.

En medio de los cuidados y dificultades que estas revoluciones causaban al Papa Urbano, no echaba en olvido las funciones directas y las mas sagradas del pontificado. Cuando este Papa era arcediano de Lieja, fué instituida allí la fiesta del Santísimo Sacramento, y habia sido de los primeros en vencer los obstáculos que la santidad de esta institucion, tan generalmente reconocida despues, no pudo evitar de experimentar entonces. Una simple religiosa de Monte-Cornillon, cerca de Lieja, llamada Juliana, á quien todas las veces que hacia oracion la parecia ver á la luna en su plenitud, pero con una pequeña mancha, fué la que propuso la celebracion de esa fiesta; pues tuvo luego revelacion de que esta luna figuraba la Iglesia, y la mancha una fiesta que faltaba instituir en honor del Sacramento adorable de nuestros altares (1). Mas Juliana, á pesar de toda su santidad y humildad, fué tratada de visionaria por una multitud de gentes mundanas y aun eclesiásticas. Declamaron diciendo que era novedad y supersticion, ó á lo menos que era inútil una solemnidad nueva para honrar la Eucaristía, de la que todos los dias se hacia memoria en la misa. Sin embargo, Roberto de Torote, obispo de Lieja, y el cardenal Hugo de San Caro, legado en Alemania, despreciaron tales clamores, y la fiesta fué instituida. Seis años despues murió Juliana en 5 de abril de 1258 en tanta reputacion de santidad que aun es honrada en el pais como bienaventurada. El Papa Urbano espidió en el

(1) Boll. tom. 4, pag. 439.

año 1264 una bula espresa para celebrar esta fiesta en toda la Iglesia, y la fijó en el primer jueves despues de la octava de Pentecostés. Encargó á Santo Tomás de Aquino que compusiera á este fin el oficio del Santísimo Sacramento, cuya dignidad y ternura del todo celestial correspondieron á la reputacion del doctor angélico, y aún le rezamos hoy dia. Pero habiendo acaecido en el propio año la muerte de Urbano IV en 2 de octubre, quedó interrumpida por espacio de mas de cuarenta años la celebracion de la nueva fiesta.

Vacó casi cinco meses la Santa Sede despues de la muerte de este Pontífice, y segun la mejor crítica, hasta el 5 de febrero de 1265 no le dieron por sucesor á Guido de Foulques, cardenal obispo de Sabina, nacido de noble familia en San Guilles ó San Gil sobre el Ródano. Era ejemplar su modestia y tan poco equívoca, que hizo todos sus esfuerzos para sustraerse del peso brillante del pontificado, á que le elevaron estando ausente en una legacia. Siendo inútil sus esfuerzos, escribió en los términos siguientes á uno de sus sobrinos, llamado Pedro el Grueso: «Muchos se complacen de nuestra promocion, pero á nuestros ojos solo se ofrece materia de tristeza y de llanto. A tí mismo te debe inspirar mas humildad: no queremos que tú, ni tu hermano, ni alguien de los nuestros, venga cerca de nuestra persona sin orden especial de nuestra parte; de lo contrario lo despediremos confuso. No proyectes á consecuencia de nuestra elevacion un matrimonio mas ventajoso para tu hermana. Si la casas con el hijo de un simple caballero, nos proponemos darle trescientas tornesas de plata, esto es, unos cincuenta escudos franceses: si la ensalzas sobre su condicion, no esperes de nos un solo dinero. Sucederá lo mismo con todos nuestros deudos, de quienes ninguno debe prevalerse de nuestra elevacion».

Mabila y Cecilia que tomen los maridos que tomarian si nos hallásemos como un simple clérigo. Respecto á Guilli, visitala especialmente de mi parte, y dila que siga guardando todo el recato posible en sus vestidos, y que se abstenga de encargarse de recomendaciones para persona alguna.» Asi es como se anunció Clemente IV desde su ingreso al pontificado.

Inmediatamente dedicó todos sus cuidados al negocio del reino de Sicilia, mirado como uno de los mas graves para la Iglesia romana. Habia sido concedida esta corona por sus predecesores Inocencio y Alejandro á Edmundo, hijo segundo del rey de Inglaterra: pero abandonando al parecer este príncipe sus pretensiones, Clemente se la dió al mas jóven de los hermanos de San Luis, Carlos, conde de Anjou y de Provenza, y le instó á que fuera presto á tomar posesion. Carlos no tardó en embarcarse en Marsella, y á pesar de todas las precauciones que habia tomado Manfredo para cerrarle el paso por tierra y por mar, llegó felizmente á Ostia. El Papa que estaba en Perugia envió cuatro cardenales, quienes el dia 20 de mayo le dieron en Roma, en la iglesia de Letran, la investidura del reino de Sicilia, junto con el estandarte. Este príncipe prometió por sí y por sus sucesores que pagaria anualmente á la Santa Sede un censo de ocho mil onzas de oro con una hacanea blanca, y que no aceptaria jamás ni el imperio, ni el reino teutónico, ni el de Lombardia ó de Toscana; condiciones tan religiosamente observadas despues, que Carlos V, ya rey de España y de las Dos Sicilias, no aceptó la corona imperial sino despues de haberse hecho autorizar para ello por el Papa Leon X por medio de una solemne dispensa. Carlos de Anjou vióse obligado á esperar bastante tiempo la llegada de su ejército que venia por tierra, y el resto de la campaña se pasó sin hacer

ninguna cosa notable. Però habiendo sido consagrado y coronado rey en la iglesia de San Pedro el dia de la Epifania del año siguiente 1266, entró al punto en los Estados de Nápoles. Manfredo le propuso una composicion, y como su ejército estaba lleno de sarracenos, Carlos le dió esta respuesta: «Decid al sultan de la Pulla que no quiero paz ni tregua con él, y que pronto, ó yo le enviaré al infierno, ó él me enviará al cielo.» Inmediatamente avanzaron los dos ejércitos y se encontraron cerca de Benevento. Una sola batalla de las mas sangrientas de que hay memoria decidió la suerte de sus gefes. Consiguieron los franceses una victoria completa: Manfredo quedó entre los muertos, y Carlos se vió único soberano del reino. Por esta derrota los güelfos recobraron la superioridad sobre los gibelinos: dos facciones inquietas, de las que la primera estaba por los Papas y la segunda vendida á los emperadores: ambas se declararon principalmente en tiempo del Papa Gregorio IX y del emperador Federico II, pero nada hay de cierto acerca de su origen ni sobre la etimología de sus nombres, que muy verosimilmente provendrian de los nombres propios de sus primeros autores. Se encuentra efectivamente que en tiempo del Papa Gregorio IX y cuando Federico II marchaba contra Roma, Gibel, que habia seguido el partido de este príncipe, escitó la rebelion de muchas ciudades de Italia contra el Papa, y de él sin duda vino el nombre de *gibelinos*. En cuanto al de güelfos parece ser mas anterior; pues se recordará que las tropas de la condesa Matilde fueron constantemente empleadas en defensa de San Gregorio VII, y que ella se casó en segundas nupcias con *Guelfo* ó *Welfo*, duque de Baviera, á cuyo mando estuvieron durante algun tiempo; y de ahí vino probablemente el dar el nombre de güelfos á los defensores de los Papas.